

Un análisis ético y estético de los parques zoológicos

Marta TAFALLA

Universidad Autónoma de Barcelona

Este texto se enmarca en la estética de la naturaleza, y tiene como objetivo estudiar la apreciación estética de las colecciones de animales en cautividad. En la introducción, explicaremos en qué consisten los parques zoológicos, y nos plantearémos el conflicto moral de mantener animales salvajes en cautividad. Sin embargo, este artículo no quiere centrarse únicamente en el conflicto moral, sino relacionarlo con cuestiones que se plantean desde la estética de la naturaleza. Así, en el siguiente apartado nos preguntaremos si la función de los zoos es puramente estética, o si realizan alguna otra función que pudiera legitimar moralmente su existencia. Nuestra respuesta será que la única función de los zoos es estética. Esto nos llevará a cuestionarnos, en el tercer apartado, si los zoos son capaces de enseñarnos a apreciar estéticamente a los animales de una manera seria y profunda. Nuestra respuesta será negativa. Y eso nos permitirá concluir que, si los zoos no logran realizar satisfactoriamente su única función, no hay buenas razones para defender su existencia.

Introducción

Si exploramos el origen histórico y el significado cultural de los parques zoológicos, veremos que se enmarcan en la antiquísima tendencia del ser humano a coleccionar objetos naturales o artificiales por sus cualidades estéticas. Así, los parques zoológicos comparten origen y buena parte de su sentido con las colecciones de minerales o fósiles exhibidas en los museos de ciencias naturales, con las colecciones de plantas que nos ofrecen los jardines

botánicos, y también con las colecciones de obras de arte, artesanía, diseño, joyas o trajes expuestas en diversos tipos de museos. Aunque cada una de estas colecciones se define por unas características específicas, todas tienen en común la atracción estética que nos provocan.

Los animales despiertan en la mayoría de seres humanos un inmediato placer sensorial. Si dedicamos tiempo y calma a contemplarlos, ese placer enraizado en los sentidos, ese placer biológico, crece hasta convertirse en el placer intelectual que denominamos estético. Y esos placeres son un estímulo para nuestra imaginación. Las especies biológicas que estamos percibiendo con nuestros sentidos se transfiguran para nosotros en ideales, símbolos, valores, y también en personajes de ficción de obras literarias o cinematográficas.

Asimismo, los animales han sido siempre una fuente de inspiración artística, como atestiguan las más antiguas pinturas rupestres y todo tipo de obras de arte y de artesanía en cualquier época y cultura. Inspiran también a publicistas, pues un gran número de anuncios de televisión y prensa incluyen animales. Lo mismo sucede en el mundo del diseño: basta con mirar a nuestro alrededor para comprobar cuántos objetos de uso cotidiano imitan la forma de animales o de partes de su cuerpo, o bien el dibujo de su piel o el colorido de su plumaje. En el diseño de joyas, de objetos decorativos y de objetos destinados al público infantil, los referentes animales son fundamentales.

Porque los animales nos atraen estéticamente, coleccionarlos es una práctica tan antigua como extendida. Para quien desea gozar del placer estético que nos producen, coleccionar animales vivos posee dos ventajas claras. En primer lugar, tenerlos a nuestra disposición y observarlos siempre que lo deseemos. Y en segundo lugar, comparar las diferentes especies y apreciar la gran diversidad de cualidades estéticas que representan: desde la belleza de los delfines a la elegancia de las águilas, de la fiereza de un leopardo a la delicadeza de una libélula, del colorido de un ave del paraíso a la monstruosidad de un cocodrilo.

Las colecciones de animales reunidos por sus cualidades estéticas pueden realizar diversas funciones. Por ejemplo, son un indicador del estatus de su propietario. Cuando una persona pretende exhibir su estatus económico, suele mostrar una serie de objetos que asociamos al lujo, porque resultan exclusivos, caros o difíciles de conseguir o mantener. Así como disponer de un inmenso jardín diseñado por un artista reconocido y cuidado con esmero por un equipo de jardineros es un símbolo de estatus, también lo son las colecciones de arte, de coches antiguos y de animales exóticos.

Pero poseer animales salvajes, especialmente animales peligrosos, como grandes depredadores, no solo es un símbolo de estatus económico, sino también de la capacidad para dominar la naturaleza. Es un símbolo de fuerza, valentía y autoridad, y por tanto, otorga un aura especial al poder. Así, si algo tienen en común políticos de estados democráticos, dictadores, monarcas, aristócratas, señores de la guerra y del narcotráfico, mafiosos, y grandes empresarios de los cinco continentes, son las colecciones de animales salvajes que muchos de ellos emplean para mostrarse a sí mismos como el animal que está en la cima de la cadena trófica, como el gran depredador.¹ Es frecuente, también, que se regalen ejemplares entre sí. En 2003, Muamar El Gadafi le regaló un caballo de pura raza árabe a José María Aznar.² En

¹ Véanse tres ejemplos: <<http://www.theguardian.com/world/2014/oct/30/armenia-zoo-exotic-animals>>
<<http://www.independent.co.uk/news/world/europe/ukraine-uprising-the-private-zoo-the-galleon-moored-on-a-private-lake-the-fleet-of-vintage-cars--ukrainians-left-openmouthed-at-the-opulence-of-yanukovychs-country-estate-9146886.html>>

<<http://www.aljazeera.com/indepth/features/2011/09/2011921191435958546.html>>

² <http://elpais.com/diario/2011/02/27/domingo/1298782355_740215.html>

2014, el estado hindú de Gujarat obsequió con tres leones al gobierno de Chequia.³ El gobierno chino ha regalado osos panda a diversos países.⁴ Estos animales son entregados como si fueran joyas u obras de arte. No ofrecen ninguna utilidad práctica y su mantenimiento es caro, pero detentan un elevado valor estético, y se intercambian para fortalecer relaciones de cooperación. De manera equivalente, en los enfrentamientos bélicos, las destrucciones de valiosas colecciones de animales o su robo han tenido muchas veces un papel simbólico.

Las colecciones abiertas al público encarnan un significado similar. Un zoo de gran tamaño y con una amplia variedad de animales es un indicador del poder económico y el atractivo cultural de la ciudad que lo ubica. Toda gran capital debe poseer museos de arte, artesanía y diseño, de ciencias naturales, un jardín botánico, y también un zoo. Sin embargo, el carácter público de estos zoos, en una época marcada por la globalización, Internet y un turismo creciente, estimula aún más esa competitividad que es propia de todos los coleccionistas. Los zoos de las principales ciudades del mundo compiten entre sí para conseguir colecciones lo más completas posible, pero también para destacar por poseer objetos difíciles de conseguir. Así, para un zoo, es un triunfo poseer un animal con un rasgo infrecuente. Pensemos en el uso publicitario que hacía el zoo de Barcelona de Copito de Nieve, su gorila albino, y en sus enormes esfuerzos, en vano, por lograr un descendiente que heredara la misma característica. De la misma manera, los zoos compiten por albergar animales de gran tamaño difíciles de mantener, como son las orcas; o por lograr reproducir en cautividad a ciertas especies y exhibir los cachorros. Como con cualquier otra colección, el “intercambio de cromos” es un buen método si uno tiene varios ejemplares “repetidos” y logra cambiarlos por los que le faltan.

Los zoos abiertos al público se han ido dotando de una estética propia que se inspira en otras instituciones similares. En primer lugar, los zoos han buscado inspiración en los museos de ciencias naturales, que encarnan la curiosidad científica y el espíritu enciclopédico característicos de la Ilustración. Así, los zoos más modernos ya no pretenden ofrecer un mero placer sensorial, sino que se presentan como una institución científica, donde el público puede observar animales catalogados según criterios taxonómicos o geográficos. La manera cómo se distribuyen los animales en el recinto de un zoo, los itinerarios de visita, el contenido y la forma de la información proporcionada al público, se inspira en la manera cómo los museos de ciencias exhiben sus colecciones de objetos naturales. Esa estética reviste los argumentos de quienes defienden la función educativa de los zoos. En segundo lugar, los zoos también se inspiran cada vez más en parques temáticos, parques de atracciones, circos y centros comerciales, es decir, adoptan la estética de parques destinados al entretenimiento, y especialmente diseñados para un público infantil. Así, la estética de los zoos actuales de las grandes ciudades combina de forma más o menos armónica o contradictoria, según los casos, un cierto aire de museo científico con un cierto aire circense.

Y finalmente, no debemos olvidar que estos zoos abiertos al público se han convertido en un lucrativo negocio, lo que explica la cantidad de restaurantes, cafeterías y tiendas de recuerdos que hallamos en su interior.⁵

Ahora bien, las colecciones de animales salvajes plantean un conflicto moral. Diversos filósofos, juristas y expertos en conservación de la biodiversidad se han planteado si el placer

³ <<http://www.radio.cz/es/rubrica/noticias/el-estado-hindu-de-gujarat-regala-tres-leones-a-chequia>>

⁴ <<http://www.lavanguardia.com/politica/20070628/51368087703/china-regala-dos-osos-panda-a-los-reyes.html>>

⁵ Acerca de la historia y funciones de los zoos merece la pena leer: Baratay, Eric & Hardouin-Fugier, Elisabeth, *Zoo. A History of Zoological Gardens in the West*, Reaktion Books, Londres, 2002.

estético del público justifica mantener animales salvajes en cautividad, y los argumentos en contra son abrumadores. Tanto si apelamos únicamente al bienestar de los animales, como si exigimos que se les reconozcan unos derechos mínimos, su encierro en los zos no resulta aceptable en términos éticos.⁶

Encerrar animales en zos significa condenarlos de por vida a permanecer en entornos artificiales. Y si se trata de zos abiertos al público, a sufrir además la continua presencia de seres humanos desfilando ante sus instalaciones, gritándoles, tirándoles objetos, golpeando los cristales. Al verse confinados en pequeños habitáculos, los animales no pueden realizar sus conductas naturales, como explorar amplios territorios, procurarse el alimento, buscar pareja, abandonar un grupo para crear otro, etc... Pero, además, deben adaptar su comportamiento a las normas artificiales que los zos establecen. Cada zoo organiza la vida de sus animales mediante una serie de normas convencionales: qué horas pasan al aire libre, y qué horas pasan en los habitáculos interiores; con qué frecuencia se les proporciona alimento y qué tipo de comida es. El mismo zoo decide si mantiene a cada ejemplar solo o lo integra en un grupo, decide quién se reproduce con quién, y a qué animal traslada a otro zoo. A veces se separa a animales que mantenían entre sí estrechas relaciones de amistad, se separa a hijos de sus madres, o se obliga a convivir a individuos que no se soportan. Los animales no pueden tomar ninguna decisión sobre sus propias vidas. Además, cuando son trasladados de un zoo a otro, deben adecuarse de nuevo a normas que pueden ser muy distintas.

Las condiciones de la cautividad, el no poder desarrollar libremente sus conductas naturales, los materiales con que están contruidos sus habitáculos, alimentación inadecuada, climas inapropiados o falta de veterinarios especializados causan a estos animales problemas de salud. Pero el sufrimiento psicológico es aún mayor. Muchos de estos animales expresan su malestar con comportamientos repetitivos, automutilaciones, agresividad, o con expresiones faciales y corporales de tristeza, abatimiento y apatía. Es frecuente que sufran ansiedad, estrés crónico o depresión.

Una crítica ética de los zos debe abordar también el origen de los animales. La necesidad de abastecer a los miles de zos públicos y privados genera un lucrativo negocio entre los cinco continentes. Muchos de los animales son capturados de la naturaleza: son cazados de manera violenta y trasladados en condiciones precarias y dañinas para su salud.⁷ Buena parte del comercio ilícito de animales está en manos de mafias que también practican otros negocios ilegales.⁸ Ese comercio ilícito es tan elevado, que WWF lo considera la segunda causa principal de la extinción de especies.⁹ Por otro lado, existe también el negocio de los ejemplares nacidos en cautividad; aunque el intercambio entre los grandes zos públicos sea legal, y se adecue al convenio CITES, no siempre sucede lo mismo con las colecciones privadas.

⁶ Entre la bibliografía existente acerca del conflicto moral de la cautividad, destaco: Jamieson, Dale, "Against Zoos", en *Morality's Progress. Essays on Humans, Other Animals and the Rest of Nature*, Clarendon Press, Oxford, 2002. Donaldson, Sue & Kymlicka, Will, "Wild Animal Sovereignty", en *Zoopolis. A Political Theory of Animal Rights*, Oxford University Press, 2011.

⁷ Véanse los documentales: *The Cove*, dirigido por Louie Psihoyos, 2009; *Blackfish*, dirigido por Gabriela Cowperthwaite, 2013.

⁸ Véase el informe: WWF, *La lucha contra el tráfico ilícito de vida silvestre*, 2012, que trata tanto del comercio ilegal de ejemplares vivos para zos privados, como de animales muertos:

<http://awsassets.wwf.es/downloads/wwffightingillicitwildlifetrafficking_spanish_lr.pdf>

⁹ <http://wwf.panda.org/about_our_earth/species/problems/illegal_trade/> Véase también:

<<http://www.traffic.org/>>

Precisamente en el contexto de una extinción masiva, con más de 20.000 especies de animales y plantas en peligro, según estimaciones de la IUCN, considero que los zoos resultan aún más problemáticos. Pensemos en el caso de algunas especies gravemente amenazadas, como son los grandes simios o algunos felinos. Cuando solo nos quedan los últimos ejemplares de una especie, debería ser prioritario protegerlos en su ecosistema. En vez de ello, son repartidos por zoos de todo el mundo y exhibidos como objetos exclusivos. Siguiendo la lógica intrínseca del coleccionismo, cuantos menos ejemplares quedan de una especie, mayor valor económico alcanza cada ejemplar en el mercado.

En términos éticos podemos hablar de dominio y de instrumentalización, pero creo que también es necesario un análisis estético. Por ello quiero plantear dos preguntas, a las que dedicaré los siguientes apartados de este texto. En primer lugar: ¿es la función de los zoos puramente estética o realizan alguna otra función que pudiera legitimar moralmente su existencia con buenas razones? Y en segundo lugar, si sostenemos que la función de los zoos es puramente estética, entonces, ¿son los zoos capaces de enseñarnos a apreciar estéticamente a los animales de una manera seria y profunda?

¿Es la función de los zoológicos puramente estética?

Como hemos afirmado anteriormente, diversos filósofos, juristas y expertos en conservación de la biodiversidad, sostienen que mantener animales salvajes en cautividad es moralmente cruel e injusto. Los parques zoológicos modernos y las asociaciones que los representan, intentan contrarrestar estas críticas afirmando que realizan tres funciones que justificarían moralmente su existencia: educación, conservación e investigación.¹⁰ De hecho, la directiva europea 1999/22/EC¹¹ y la ley española 31/2003¹² sobre el mantenimiento de fauna salvaje en los zoológicos, presentan estas tres funciones como definitorias de los zoos. Sin embargo, mi convicción es que los zoos, en realidad, cumplen únicamente una función estética. Para demostrarlo, en primer lugar repasaré los distintos elementos que configuran la función estética de los zoos, y en segundo lugar mostraré que no cumplen esas tres funciones que los legitimarían.

La estructura de un zoo está pensada para el disfrute de los visitantes. Los **itinerarios** están diseñados para que podamos observar a los animales ordenados según criterios taxonómicos o de procedencia geográfica. Por otra parte, para que la visita sea lo más agradable posible, en los itinerarios encontramos lugares de descanso, restaurantes, cafeterías, miradores, tiendas y zonas de juegos para los niños. El espacio en el que viven los animales es reducido, pero en cambio se procura que los visitantes tengan suficiente espacio para pasear, descansar, comer, jugar y comprar recuerdos.

Los **habitáculos** no están diseñados considerando prioritario el bienestar de los animales, sino que están diseñados como escaparates, que deben ofrecer a los visitantes las mejores condiciones de visibilidad. Por ello, es frecuente que el público pueda rodearlos

¹⁰ Asociación Ibérica de Zoos y Acuarios (AIZA) <www.aiza.org.es>
European Association of Zoos and Aquaria (EAZA) <www.eaza.net>
World Association of Zoos and Aquariums (WAZA) <www.waza.org>

¹¹ COUNCIL DIRECTIVE 1999/22/EC of 29 March 1999 relating to the keeping of wild animals in zoos:
<<http://eur-lex.europa.eu/legal-content/EN/TXT/?uri=CELEX:31999L0022>>

¹² Ley 31/2003, de 27 de octubre, de conservación de la fauna silvestre en los parques zoológicos:
<<http://www.boe.es/buscar/doc.php?id=BOE-A-2003-19800>>

completamente y que los animales no tengan manera de esconderse de las miradas. Los habitáculos están pensados para que los visitantes puedan ver a los animales desde ángulos distintos y observar con detenimiento las distintas partes de su cuerpo y sus movimientos.

Esta **permanente exhibición** genera en algunos animales un enorme estrés. Cuando visité en 2014 a los gorilas del zoo de Londres, encontré un habitáculo rectangular, dos de cuyas paredes eran de cristal. El recinto era pequeño, y los animales no tenían dónde esconderse. Ante los dos ventanales desfilaban continuamente personas que llamaban a los animales, gritaban, golpeaban el cristal y hacían fotografías. Un macho adulto se había colocado de espaldas en la esquina entre ambos ventanales, mirando de reojo. En diferentes zoos he observado a machos adultos de gorila en la misma posición, de espaldas al público, mirando de reojo el aluvión de gente. Los visitantes suelen pasar ante el habitáculo apenas dos o tres minutos, lo suficiente para hacer algún comentario y tomar un par de fotos. Pero los animales permanecen allí, viendo pasar un continuo río de personas. Dada la elevada inteligencia de estos animales y la complejidad de sus relaciones sociales, podemos intuir que estar encerrado de por vida, y que el día a día consista en un río de seres humanos que pasan, los miran y se van, ha de ser profundamente estresante.

También parecían estresados y ansiosos dos de los leones del mismo zoo de Londres. Su habitáculo tenía dos ventanas de cristal, y en cada una de ellas había un león desfilando de manera repetitiva de forma paralela al cristal y mirando atentamente a las personas que los observaban, en especial a los niños. Desfilaban una y otra vez, haciendo los mismos movimientos insistentemente, sin cesar. Varias personas del público comentaron que aquello era una estereotipia y que los animales parecían ansiosos. Es un comportamiento que se produce con frecuencia en felinos en cautividad. Por tanto, vemos que los zoos conceden mayor prioridad a que los visitantes puedan observar a los animales, que no al malestar que sienten los animales al tener que estar encerrados en espacios tan pequeños y expuestos tantas horas al día ante la multitud.

Dado que su función es ofrecer una experiencia sensorial y estética lo más intensa y variada posible, los zoos no dejan de buscar maneras de enriquecer las visitas. Una estrategia frecuente es convertir el momento en que se da de comer a algunos animales en un **espectáculo**. En este caso, es importante entender que los zoos alteran completamente las pautas de alimentación de los animales, que no pueden buscar sus alimentos por sí mismos ni escoger aquellos más adecuados en cada momento, sino que deben aceptar la dieta y los horarios que el zoo les impone. Como si esto no fuera suficientemente estresante, además, muchas veces deben comer delante de una multitud que les grita y aplaude, porque los zoos convierten el momento de la comida en un espectáculo. De hecho, la **tentación circense** es enorme para los zoos, pues sus principales competidores son los circos que realizan números con animales. Ver a un animal disfrazado actuando al ritmo de la música parece una experiencia más intensa que ver al animal adormilado o paseando por su recinto. Por ello, la mayoría de zoos ofrecen algún espectáculo en el que diversos animales actúan para el público en números circenses, ya sean delfines, focas, loros o pequeños monos.

Otra estrategia de los zoos para enriquecer la experiencia estética es ofrecer la posibilidad de hacerse **fotografías** con los animales o bien con reproducciones artificiales. El zoo de Barcelona dispone de un escenario llamado “Fotozoo” con esculturas que imitan a diversas especies, donde los fotógrafos del zoo captan la imagen del público montándose en los animales o abrazándolos. Incluye una reproducción de Copito de Nieve, el gorila albino que fue durante años la mayor atracción de este zoo.

Pero el propósito de ofrecer una experiencia lo más sensorial e interactiva posible, lleva a

muchos zoos a vender una mayor **cercanía** a los animales. Pagando un suplemento especial, el público puede tocarlos, darles de comer, ser cuidador por un día o pasar la noche en las instalaciones.¹³

Otro de los elementos que configuran la función estética de los zoos, consiste en que, de las muchas especies exhibidas, algunas reciben un trato protagonista en la publicidad que se hace de los zoos, y en la forma en que se ubica y se señala su recinto. Esas “**especies estrella**” suelen ser las mismas en los zoos de los cinco continentes, con independencia de cuál sea la fauna local del país, lo que indica una clara homogeneización. Creo que estas “especies estrella” pueden clasificarse en tres grupos. En primer lugar, los grandes depredadores: osos polares, tigres y leones, fundamentalmente. Son animales que asociamos con la ferocidad, la majestuosidad y la libertad, que vemos como los reyes de sus ecosistemas. En segundo lugar, animales que nos parecen simpáticos, dulces y amables: delfines, pingüinos, elefantes, jirafas, osos panda, lémures, koalas. En tercer lugar, los grandes simios; aunque hay que mencionar que este último grupo, pese a ser muy publicitado y valorado por los zoos, genera respuestas ambiguas entre el público. La clara similitud de estos animales con nosotros, y el hecho de que a veces interactúan con los visitantes expresando su desagrado y su enfado, despiertan en alguna gente una sensación de incomodidad.

Al mismo tiempo que se producen aglomeraciones ante los habitáculos de estos animales “estrella”, otras especies como pueden ser las hienas, los dromedarios, las ranas, los buitres o los peces espada, reciben mucha menos atención. La razón por la que se publicita y visita más a unos animales que a otros no es una razón científica, ni relacionada con la función de esas especies en sus ecosistemas, ni con si están en peligro de extinción. Es una razón básicamente estética, pero de una estética superficial, basada en estereotipos que los zoos se encargan de reforzar. Valoramos más ciertos animales porque nos gusta su aspecto externo y porque los asociamos con determinados valores y símbolos. Tales estereotipos son problemáticos, porque influyen en la gestión de fauna salvaje: el público está más dispuesto a proteger a esos animales “estrella” que a los demás. Si los zoos tuvieran una función educativa, mostrarían a sus visitantes que cada una de las especies animales es *única, diferente y necesaria*; intentarían proporcionar conocimiento acerca de cada especie, y razones científicas y éticas para protegerla, en vez de fomentar tales prejuicios que pueden resultar muy perjudiciales.

Finalmente, uno de los lugares clave para analizar la función estética de los zoos son sus **tiendas de regalos**, en las que hallamos todo tipo de objetos diseñados imitando el cuerpo de los animales. Algunos pretenden ser sofisticados, por ejemplo joyas o bolsos, figuras decorativas o pinturas. Otros son objetos de uso cotidiano como tazas, camisetas, pijamas, zapatillas, sombreros, bufandas, mochilas y paraguas. También hallamos un sector de papelería con agendas, postales, calendarios o pósters. Y especialmente, un gran número y diversidad de juguetes. Es en las tiendas de regalos donde el zoo se nos revela plenamente como lo que es. Los habitáculos de los animales son en realidad escaparates donde se exhiben combinaciones de formas, texturas y colores. Panteras, jirafas o delfines no son más que un conjunto de cualidades estéticas a admirar. Lo único valioso de ellos es su apariencia, y su nombre designa un **patrón estético**. Un leopardo es, básicamente, un estampado a imitar en chaquetas y bolsos. Un elefante, una forma sugerente para collares y pañuelos de seda que

¹³ <<http://www.zsl.org/experiences/keeper-for-a-day/be-a-keeper-for-a-day-at-zsl-london-zoo>>
<<http://www.zsl.org/christmas-gifts/meet-the-animals/meet-the-kangaroo-outback>>
<<http://zoo.sandiegozoo.org/content/wildlife-sleepovers>>
<<http://zoo.sandiegozoo.org/tours/backstage-pass>>

aspiran a tener un aire oriental. El rostro de un lobo, muy adecuado para ropa deportiva. Cocodrilos e hipopótamos, convenientemente suavizados e infantilizados, quedan muy divertidos en pijamas para niños. Ir al zoo es lo más parecido a pasar la tarde mirando escaparates en un centro comercial. Primero nos damos una vuelta por los escaparates donde se exhiben los patrones estéticos, y luego podemos adquirir en la tienda objetos inspirados en el patrón que más nos ha gustado. Para el zoo, los animales son simples **objetos estéticos**, meros **objetos ornamentales**, un muestrario de formas, texturas y colores.

Un análisis especial merece la cantidad de **juguets**, especialmente **peluches**, que encontramos en las tiendas de regalos. Imitan la forma de los animales, pero su textura es más suave, sus rasgos más simples y redondeados, su color más alegre y llamativo. De hecho, estas tiendas venden caballos de color lila y gorilas de verde fosforescente. De ese modo, los niños pueden llevarse a casa un juguete que es una mezcla de los rasgos biológicos de una especie y de la fantasía del diseñador. Las tiendas también ofrecen cuentos para niños que realizan esta misma mezcla de realidad y fantasía en la descripción de los animales. Como consecuencia, es probable que un niño tenga dificultades para distinguir los rasgos biológicos reales de una especie de los añadidos de fantasía inventados por el diseñador de juguetes o el autor del cuento. Para un niño que crezca con repetidas visitas al zoo y lecturas de este tipo de cuentos, que además vea películas de dibujos animados que siguen el mismo esquema, será fácil creer que los animales pertenecen a un mundo de fantasía. Y más aún si el zoo que visitan es el *Disney's Animal Kingdom Theme Park*, que fusiona plenamente el zoo y el parque de atracciones.¹⁴ La visión de los animales como objetos ornamentales, sumada a esta infantilización de los animales, convertidos en seres fantásticos cuya función es entretener a los niños, hace que los zos fomenten una concepción de las otras especies que se aleja del punto de vista científico y del punto de vista ético.¹⁵

Aun así, los grandes zos públicos defienden que realizan funciones educativas, de conservación y de investigación. Vamos a analizarlas brevemente.

La supuesta **función educativa** de los zos desaparece en cuanto visitamos algunos de ellos con detenimiento. Aunque los zos pretenden mostrar a los animales desde el marco teórico de las ciencias naturales, en realidad la ciencia queda reducida a dos elementos simples. En primer lugar, a la clasificación de los animales y su distribución por el espacio del zoo según criterios taxonómicos o de procedencia geográfica. En segundo lugar, a un cartel junto a cada habitáculo con el nombre de la especie y cuatro datos básicos, los mismos que podemos hallar en una enciclopedia sencilla.

Si los zos pretendieran realmente educar acerca de las especies que nos muestran, aprovecharían la presencia de animales vivos para ofrecernos conocimientos sobre su historia evolutiva, las pautas básicas de su comportamiento, sus capacidades cognitivas y emocionales, y sus formas de comunicación con sus congéneres. Deberían mostrarnos estos animales, no como objetos a contemplar, sino ante todo como **sujetos de una vida**, según la expresión de Tom Regan. En un nivel mayor de conocimiento, deberían mostrar a esos individuos no solo como ejemplares de una especie, sino también como individuos únicos, cada uno con su propia personalidad y memoria de su historia personal. Me atrevo a pensar que si los zos no ofrecen este conocimiento a sus visitantes es porque, precisamente, iría

¹⁴ <<https://disneyworld.disney.go.com/destinations/animal-kingdom/>>

¹⁵ Véase Perales, Verónica; Adam, Fred y Deck, Andy, "Mall of the Wild, un safari surrealista en compañía de René Magritte", en las actas de este mismo simposio.

contra la propia institución. Si comprendemos a los animales como sujetos de una vida, como seres cuyas experiencias están articuladas por un “yo” similar al nuestro, que poseen personalidad y memoria de sus vivencias, entonces entenderemos el sufrimiento físico y psíquico que provoca la cautividad.

Para acabar de comprobar que los zoos no cumplen con esa función educativa es también necesario observar el comportamiento del público. Las personas que visitan el zoo, y que son mayormente familias con niños de corta edad o grupos de escolares, no se comportan como si estuvieran en una institución educativa. Basta pasar algunos días visitando diversos zoos para constatar que la mayoría de las personas (siempre hay excepciones) apenas prestan atención a los paneles informativos. Algunos dan una ojeada rápida, y muchos ni siquiera los leen. Es frecuente incluso oír a personas ante un habitáculo categorizando al animal en una especie errónea. La mayoría de los visitantes tampoco se detienen a observar con detenimiento el aspecto y el comportamiento de los animales. Normalmente dedican dos o tres minutos a cada especie, echan un vistazo rápido y toman algunas fotos. Si los animales no se están moviendo, si no hay acción dentro del habitáculo, algunas personas se quejan de que “no pasa nada” o de que el animal “es muy aburrido”. Estamos tan acostumbrados a recibir continuamente nuevos estímulos que, para muchas personas, observar leones durmiendo no tiene ningún interés. Esperan que en cada recinto haya un espectáculo, que los animales actúen para ellos, que interactúen con ellos. Por eso golpean los cristales y llaman a los animales, pidiéndoles que hagan algo especial, que posen para sus fotos. Es infrecuente encontrar personas que observen atentamente a los animales durante un buen rato con un interés real de aprendizaje.

Por otro lado, si los zoos tuvieran una función educativa, deberían informar también acerca de la pérdida de biodiversidad y la crisis ecológica que estamos provocando. Esto no es algo que se pueda explicar con un simple gráfico en un panel, sino que implica enseñar a reflexionar críticamente sobre las distintas causas de la extinción masiva y sus consecuencias, y qué podemos hacer para evitarlo. Los zoos apenas ofrecen información sobre estas cuestiones, más allá de algunas frases y gráficos en carteles que los visitantes no suelen leer. El público acude al zoo básicamente para divertirse, de una manera similar a como acude a un parque de atracciones. Es difícil que un zoo pueda ofrecer entretenimiento, diversión, y al mismo tiempo concienciar de manera rigurosa y profunda acerca de la crisis ecológica. Por todas estas razones, considero que los zoos no realizan una función educativa, y que si intentaran realizarla, les llevaría inevitablemente a cuestionarse su propio sentido.

En cuanto a la supuesta **función conservacionista** de los zoos, es fácil comprobar que no la realizan. La única forma de conservar una especie es protegerla en su ecosistema, pues los animales no son objetos que se puedan trasladar de aquí para allá como una escultura en caso de necesidad. Su identidad no reside únicamente en su cuerpo, sino que está entrelazada con su ecosistema y el resto de habitantes que lo conforman. La fisiología, los instintos, las capacidades, el comportamiento natural de cada especie son el resultado de un proceso evolutivo milenario dentro de un ecosistema, y por ello los animales solo pueden realizar su forma de vida en ese ecosistema. Si los trasladamos a vivir en cautividad, conservamos el cuerpo del animal, su aspecto externo, pero no su **forma de vivir**. De hecho, extraer a los animales de su ecosistema es romper su identidad. El cuerpo que vemos en el zoo es un fragmento roto que solo adquiere sentido dentro del entorno al que pertenece. Pero además, una vez se ha extraído al animal de su entorno, y se lo ha mantenido durante años en cautividad, reintroducirlo en su ecosistema se hace imposible en la infinita mayoría de los casos. Y más imposible aún es introducir en su entorno a animales que han sido criados en cautividad. Por ello, el trabajo por salvar de la extinción a las especies amenazadas no se está

realizando en los zos, sino en sus ecosistemas, con proyectos que combinan la protección de sus hábitats, la lucha contra la caza, la implicación de la población local, políticas de turismo responsable, etc.

Entonces, ¿qué relación guardan las colecciones de animales en cautividad con la conservación de especies? Dado que los animales en cautividad no sirven para conservar su especie, lo que defienden los zos es que los animales en cautividad actúan como **embajadores de las poblaciones salvajes**, es decir, sirven para concienciar al público de la necesidad de proteger a las poblaciones salvajes. Ahora bien, esta idea no deja de ser contradictoria: ¿cómo puede la exhibición de un animal salvaje en cautividad convencernos de que debemos proteger la libertad de sus congéneres? ¿Cómo puede una jaula defender el valor de la libertad? En realidad, lo que despiertan los zos en muchas personas es el deseo de poseer sus propias colecciones de animales cautivos, aunque solo sea un pequeño acuario o unos pájaros enjaulados.

Por otra parte, los zos más modernos y supuestamente comprometidos con la biodiversidad, donan parte del dinero obtenido con las visitas a proyectos de conservación de las poblaciones salvajes en su hábitat. Así, el zoo de Barcelona exhibe en sus instalaciones unos paneles donde muestra la cantidad que ha donado en los últimos años a diversos proyectos. Los zos informan de esas donaciones en sus instalaciones y páginas web. Sin embargo, esto significa que los zos contribuyen a la conservación *no por ser zos*, sino únicamente por donar dinero a proyectos de conservación. De la misma manera, cualquier particular o cualquier empresa puede donar dinero a la conservación, sin necesidad de tener animales cautivos.

Dado que los zos tienen programas de cría en cautividad, y publicitan cada nacimiento como una victoria, de la que suelen dar cuenta telediarios y periódicos, puede generarse confusión entre el público acerca del destino de esos animales. Quizás alguna gente cree que la cría en cautividad que realizan los zos tiene como objetivo reinsertar a los animales en su hábitat, pero esto no es así. Los animales criados en cautividad sirven para el mercado de los propios zos, que necesitan nuevos ejemplares para ir substituyendo a los que mueren.

Estos animales criados en cautividad ya no podrían vivir en su ecosistema, y de hecho, solo son capaces de vivir en las instalaciones artificiales de un zoo. Así, resulta muy preocupante que los zos estén criando animales con el cuerpo de una jirafa o un rinoceronte, pero que no podrán desarrollarse como una jirafa o un rinoceronte, que no podrán realizar sus conductas naturales en su ecosistema. Lo que están criando los zos son **animales desnaturalizados**: delfines que nunca han visto el mar, buitres que nunca han volado por encima de las rejas que los encierran. Y si finalmente la especie se extingue, tener unos cuantos ejemplares desnaturalizados repartidos por los zos de todo el planeta no nos servirá de nada. Habremos perdido la identidad, la forma de vivir propia de cada especie.

Supongamos un caso imaginario. Si halláramos en alguna remota selva asiática una cultura humana desconocida, la forma más eficaz de destruirla sería extraer a esos humanos de su ecosistema y distribuirlos por los zos de todo el mundo. Aislados, lejos de su hogar y de sus congéneres, sin poder comunicarse con nadie igual que ellos, con nadie que comparta sus conductas ni costumbres, su manera de percibir el mundo y comprenderlo... la forma de vivir de esos humanos se perdería en una generación.

Si se lograra reproducirlos en cautividad, la generación siguiente conservaría el aspecto físico, pero no la forma de vivir. Cada individuo, creciendo en un entorno artificial, sufriría al no poder desarrollar de manera sana y plena sus capacidades cognitivas y emocionales, al no poder comportarse según sus instintos y conductas naturales, lo que le haría parecer menos

inteligente y capaz de lo que realmente es. Y perdería la cultura, el conocimiento que sus antepasados ya no han podido transmitirle. Cuando a la tercera generación tuvieran dificultades, por ejemplo, para criar a sus hijos o para relacionarse con un congénere trasladado de otro zoo, entonces podríamos afirmar que no son muy inteligentes y necesitan ayuda de los cuidadores. Eso es exactamente lo que hacemos con los animales. Cuando los zosos informan sobre el éxito de sus programas de cría en cautividad, es muy frecuente que añadan que la madre de la cría no sabía cuidarla y necesitó ayuda humana. Después de haber destruido la identidad de los animales, se nos quiere hacer creer que son poco inteligentes, y que precisan la ayuda de los cuidadores. Los zosos tienen una fabulosa habilidad para contarnos las cosas al revés de como son.

Aquí hay que remarcar otra cuestión. Dado que los animales no pueden realizar sus conductas naturales, como explorar el territorio, procurarse su alimento, buscar pareja... los zosos inventan nuevas conductas para ellos, cuya supuesta función es redirigir sus energías para evitar la frustración. Así pues, a algunos depredadores se les da la comida escondida dentro de artilugios que deben abrir, o se les esconde por el habitáculo para que la encuentren. Los zosos llaman a esto “enriquecimiento” y lo defienden como una medida a favor del bienestar de los animales. Pero en realidad, tales medidas ahondan todavía más en la modificación de la conducta de los animales, alejándoles progresivamente de su conducta natural. Y por otro lado, estas medidas se implementan porque resultan divertidas para el público, porque crean espectáculo. Y los zosos, como decíamos antes, necesitan espectáculo para competir con los circos.¹⁶

En tercer lugar, los zosos defienden realizar una **función de investigación**, pero los estudios que desarrollan tienen por objetivo lograr que los animales se adapten mejor a la cautividad, vivan más años y se reproduzcan. Su investigación no aspira al conocimiento de los animales, sino al mantenimiento de los zosos. Se trata de una investigación equivalente a la que realiza la industria de cría de animales para consumo, destinada a averiguar cómo explotarlos de manera más eficaz.

Así pues, considero que la única función que realizan los zosos es la de exhibir a los animales por sus cualidades estéticas. Ahora bien, si ésta es la función que realizan, tenemos que preguntarnos: ¿son los zosos capaces de enseñarnos a apreciar de manera profunda y seria la belleza, la elegancia, la armonía, la delicadeza, la monstruosidad... de sus animales?

¿Son los zoológicos capaces de enseñarnos a apreciar estéticamente a los animales?

La estética de la naturaleza es una rama de la estética filosófica. Los pensadores que la cultivan suelen centrarse en estudiar el aprecio estético de entornos y paisajes, mientras que la cuestión del aprecio de los animales ha recibido poco interés. Sin embargo, en algunos autores dedicados a esta disciplina hallamos ideas con las cuales podemos elaborar un marco teórico para una estética de los animales.

Una idea fundamental la hallamos en la filósofa Yuriko Saito.¹⁷ Saito defiende que para apreciar estéticamente un elemento natural de manera apropiada, debemos apreciarlo como aquello que es y no como si fuera otra cosa. Es decir, si queremos apreciar un bosque de una manera seria y profunda, el camino no es concebirlo como el escenario de las acciones

¹⁶ La idea popular, pero falsa, de que los zosos son “arcas de Noé”, y el problema de la conservación de la biodiversidad, están bien explicados en: Hancocks, David, “Agents of conservation” en *A different nature. The paradoxical world of zoos and their uncertain future*, University of California Press, Berkeley, 2001.

¹⁷ Saito, Yuriko, “Appreciating Nature on Its Own Terms”, *Environmental Ethics*, 20, 1998, p. 135-149.

humanas ni como el receptáculo de símbolos culturales. Los elementos naturales tienen su propia función biológica, su propia historia, con independencia de los significados que los seres humanos proyectemos sobre ellos. Aplicar las ideas de Saito a la cuestión de los animales resulta luminoso.

Allen Carlson¹⁸ parte de la misma intuición, pero la concreta afirmando que la única manera de apreciar la naturaleza en sus propios términos, es basarse en el conocimiento que nos proporcionan las ciencias naturales. Ese conocimiento científico le lleva a defender, por ejemplo, que para apreciar las cualidades estéticas de un elemento natural hay que apreciarlo en su ecosistema. Ésta es una idea potente que, aplicada a nuestra cuestión, se convierte en un buen argumento contra la posibilidad de que los zoológicos nos enseñen a apreciar a los animales.

Sin embargo, a estas ideas habría que añadir otra muy importante, que, a pesar de ser intuitiva, no se ha analizado todavía de manera sistemática en la estética de la naturaleza. Apreciar animales es diferente a apreciar el resto de elementos naturales, a apreciar un árbol, una roca o una estrella, porque el animal no es un objeto, sino un sujeto. Un mirlo, un halcón, un lobo, una iguana o una ballena no son solo un cuerpo con unas cualidades estéticas que apreciar, con una apariencia externa más o menos bella, que emite unos sonidos más o menos sugerentes, que se mueve de una forma armoniosa o elegante. Un mirlo o una ballena son, ante todo, sujetos que también miran, y cuyas miradas pueden cruzarse con las nuestras. Son seres que pueden sentirse bien o mal al descubrirse mirados por nosotros. Cuando miramos a un animal, puede que éste se acerque (porque nos conoce, porque tiene curiosidad, porque le ofrecemos alimento), pero también puede que se enfade (si nos toma por una amenaza, un competidor) o puede que simplemente se marche (porque somos una molestia o porque nos tiene miedo). Cuando pasé unos meses en Londres, un zorro venía regularmente a dormir al patio de la casa donde yo vivía, y a veces se acercaba a la ventana para mirar al interior. Algunas veces nuestras miradas se cruzaron, y era fascinante ver su actitud curiosa. En cambio, cuando visité la Fundación Mona, un refugio de chimpancés rescatados, uno de los animales nos tiró piedras. Aquel chimpancé enfadado, molesto con las visitas, nos regaló una experiencia estética profunda, porque se mostraba como lo que es, un sujeto con sus propias emociones, al que puede no apetecerle que le vayan a ver.

En el patio de casa tengo un cuenco con agua para los pájaros. Mirlos, herrerillos, petirrojos, lavanderas, gorriones y urracas vienen regularmente. Cuando yo estoy cerca, algunos me miran fijamente antes de atreverse a beber. Otros, en cambio, ya han cogido confianza. A menudo está también mi gata, una gata anciana y artrósica incapaz de hacerles nada, a la que también miran. En algunos momentos privilegiados hay un sugerente cruce de miradas a tres. Cada animal con el que podemos cruzar la mirada nos proporciona una experiencia estética única, nos abre la puerta a apreciar las otras subjetividades de las que se compone la realidad. Nos recuerda que la biodiversidad no es solo una diversidad de objetos, sino también una **diversidad de subjetividades**.

Apreciar estéticamente animales es un encuentro con un sujeto de otra especie, con un ser que percibe y vive el mundo de una manera diferente a nosotros. Es una experiencia que nos revela la diferencia y la pluralidad, pero mostrándonos al mismo tiempo que hay un espacio para la comunicación y la comprensión, aunque sea a un nivel muy básico. Muchos animales leen nuestro lenguaje corporal, y nosotros podemos entender o intuir rasgos de su comportamiento, dependiendo de los conocimientos y la experiencia que tengamos con cada especie en concreto. Estos encuentros son, además, imprevisibles: nunca sabes cómo va a

¹⁸ Carlson, Allen, *Aesthetics and the Environment*, New York, Routledge, 2000.

responder un animal, siempre puede sorprenderte. También hay que añadir que, precisamente porque los animales son sujetos, apreciarlos estéticamente debe ir de la mano de una actitud ética. Debemos evitar molestarlos, especialmente si están realizando alguna acción importante para ellos, y por supuesto evitar hacerles daño. Y debemos aceptar que su respuesta puede ser que quieren que les dejemos en paz. Creo que esta descripción breve del aprecio estético de los animales ya permite intuir por qué los zoos no son un lugar donde aprender a descubrir la belleza de los animales. Pero primero debemos ahondar en la cuestión de la subjetividad.

Las especies animales no son simplemente tipos de objetos distintos, como los minerales o las estrellas, sino que cada una representa una **forma de vivir** diferente y única. Cada especie es el resultado de su propia historia evolutiva, que se ha producido durante miles de años en un ecosistema determinado, en relación con las fuerzas naturales que rigen ese ecosistema y con las otras especies que lo conforman. Una evolución que, por supuesto, no ha acabado, sino que continúa. Fruto de esa historia evolutiva particular, cada especie tiene una serie de características definitorias, que crean una manera determinada de vivir.

Para empezar, cada especie tiene un cuerpo diferente, adecuado a su hábitat, y ese cuerpo percibe el mundo de manera particular, a través de unos sentidos configurados de forma específica. Los perros se caracterizan por un olfato muy desarrollado, los murciélagos “ven” en la oscuridad gracias a la ecolocación, las ballenas se escuchan entre sí a kilómetros de distancia, muchas aves perciben el campo magnético terrestre... En segundo lugar, cada especie posee unas determinadas capacidades cognitivas que le permiten conocer ciertos aspectos de la realidad y adecuarse a ellos. Hemos de añadir, además, conductas instintivas, habilidades físicas, capacidades emocionales y memoria, que llevarán a cada especie a comportarse de manera distinta. Las relaciones con los congéneres varían también en cada especie. Las mariposas se comunican entre sí con señales químicas, las aves utilizan el canto, los mamíferos combinan vocalizaciones con lenguaje corporal y expresiones faciales. En cada especie, pues, se trazan de manera diferente unos nexos de comunicación con los congéneres y unas pautas de relación, que varían entre los animales más solitarios y los más sociables. En algunas especies hallamos, además, transmisión cultural: los padres enseñan a sus hijos comportamientos y habilidades no instintivos. Sabemos con certeza que los grandes simios poseen culturas, y creemos que lo mismo sucede con los cetáceos. Es muy probable que más mamíferos y aves a los que todavía hemos estudiado poco también las posean.

Finalmente, hay que subrayar que las capacidades, experiencias y recuerdos de un animal no son elementos aislados que funcionen de manera mecánica, sino que están articulados por un “yo” consciente similar al nuestro, aunque su grado de autoconciencia o de inteligencia sea menor. Un animal es **sujeto de una vida**, es decir, percibe cuanto le sucede de forma subjetiva, y por tanto siente ciertas experiencias o recuerdos como placenteros y otros como desagradables. Las especies con un mayor grado de autoconciencia, como grandes simios, elefantes, algunos cetáceos, y también algunas aves, especialmente córvidos y loros, tienen conciencia de la muerte. Muchísimas especies pasan por un período de duelo cuando pierden a los suyos. Si sumamos estos elementos, encontramos que cada especie animal representa una **forma de vivir** diferente. También podríamos decir que cada especie representa un **punto de vista sobre el mundo**, una **perspectiva** única, una forma propia de concebir la realidad y de responder ante ella. Pero, además, dentro de cada especie, cada individuo posee también características que lo hacen único, de modo que, dentro de la perspectiva que cada especie representa, cada individuo es una perspectiva todavía más particular.

Gadamer teorizó de forma magistral¹⁹ que la objetividad plena, por muy noble que sea como ideal, es inalcanzable, pues cada uno de nosotros comprendemos el mundo desde nuestra propia perspectiva. Gadamer explicó cómo cada cultura nos sitúa en un punto de vista, y cómo cada punto de vista tiene su propio horizonte, es decir, permite percibir y comprender ciertos aspectos de la realidad, mientras que otros se le escapan. Para poder alcanzar más allá de ese horizonte, necesitamos acercarnos a otros puntos de vista. El diálogo con personas de culturas diversas puede contribuir a ampliar nuestra comprensión de la realidad.

Solemos pensar que esa diversidad de horizontes solo la hallamos dentro de la humanidad, con las diferentes culturas o con las diferentes perspectivas individuales. Pero las otras especies son también diferentes perspectivas sobre el mundo. Los animales perciben el mundo subjetivamente, como nosotros, y cada uno lo hace desde un punto de vista propio. La riqueza de la biosfera, por tanto, no consiste simplemente en que alberga objetos distintos, sino sobre todo en que alberga una **pluralidad de subjetividades**.

El ideal científico de alcanzar una visión objetiva de la realidad es fundamental para avanzar en una comprensión cada vez más precisa, profunda y rigurosa de la naturaleza. Sin embargo, no debemos olvidar que nosotros perseguimos esa objetividad ideal desde nuestra subjetividad, y que la realidad incluye muchas otras subjetividades distintas que la perciben y la conocen cada una a su manera. Y si queremos conocer la realidad, debemos esforzarnos por comprender, en la medida de lo posible, esas otras subjetividades. Por ello, debemos evitar un error en el que es fácil caer: confundir la objetividad con la subjetividad humana, instaurar nuestro punto de vista como el único válido y olvidar la pluralidad de perspectivas que existen. Conocer científicamente a los animales y apreciarlos estéticamente implica intentar acercarse, en la medida de lo posible, a comprender su subjetividad. Aquí merece la pena recordar los trabajos de Thomas Nagel y de Antonio Damasio.²⁰

En vez de valorar esa pluralidad de perspectivas, y dedicarnos a estudiarla y protegerla, a menudo imponemos nuestra forma de vivir y nuestro punto de vista como hegemónicos. Si lo analizáramos en los términos de T. W. Adorno, podríamos decir que estamos imponiendo nuestra identidad sobre las otras especies animales, e impidiendo que se muestren como diferentes, como alternativas a nuestra forma de vivir. No los reconocemos como seres autónomos, no reconocemos sus puntos de vista, su subjetividad. Los tratamos como objetos y los reducimos a aquellos aspectos que nos resultan útiles. Su significado queda reducido a su relación con nosotros. No solo los convertimos en instrumentos a nuestro servicio, sino que proyectamos nuestros símbolos sobre ellos, de tal modo que para muchos seres humanos resulta difícil apreciar al animal en sus propios términos, como defendía Saito, pues queda oculto debajo de muchas capas sucesivas de símbolos humanos.

Los zos instrumentalizan a los animales como lo hacen muchas otras industrias. En su caso, les han encontrado a los animales una utilidad estética: exhibirlos para que el público pueda contemplarlos. Así, los zos encierran a los animales en espacios concebidos como escaparates, precisamente para reducir a los animales a objetos ornamentales. Lo único que les importa de ellos es su aspecto externo, su apariencia, ese patrón de formas, texturas y colores que deleita los sentidos del público e inspira a los diseñadores de objetos que se venden en las tiendas de regalos. Esa contemplación estética que se ofrece a los visitantes es

¹⁹ Gadamer, Hans-Georg, *Verdad y Método*, Salamanca, Sígueme, 1977 (1960).

²⁰ Nagel, Thomas, "What Is It Like to Be a Bat?", *Philosophical Review*, 83, 1974, p. 435-450.

Nagel, Thomas, *The View from Nowhere*, Oxford University Press, 1986.

Damasio, Antonio, *Self Comes to Mind*, London, Vintage Books, 2010.

superficial. Si queremos apreciar estéticamente a los animales de una manera seria y profunda, tenemos que apreciarlos como aquello que son, siguiendo la idea de Yuriko Saito y Allen Carlson. Tenemos que apreciarlos como sujetos, y tenemos que apreciarlos viviendo sus vidas en libertad en sus ecosistemas, que es el único modo de apreciar no solo un cuerpo, sino sobre todo, una forma de vivir, un punto de vista sobre la realidad.

En los zoológicos, así como los animales se ven privados de libertad, apartados de su ecosistema y sometidos a una forma de vida que no es la suya, así se impide también a los visitantes conocer y apreciar estéticamente a los animales como aquello que son. Podríamos decir, pues, que los zoológicos son **fábricas de olvido**. Los animales allí encerrados olvidan su identidad, hasta el punto de que ya no serían capaces de sobrevivir en su ecosistema. Y los visitantes del zoológico olvidan lo que son los animales. Unos y otros olvidan la libertad, condición necesaria para que la propia identidad pueda desarrollarse.

Conclusión

Dado que la única función que realizan los zoológicos es una función estética, y dado que no la realizan de forma satisfactoria, podemos sostener que no existen buenas razones que legitimen la existencia de los zoológicos. Para los animales, lo mejor es poder desarrollar en sus hábitats su forma de vivir, y para las personas que quieran apreciar estéticamente a los animales, lo mejor es observarlos en libertad.

Por supuesto, salir a ver animales en la naturaleza es más incómodo que hacerlo en el zoológico, pero también más interesante. Como sostenía Jorge Riechmann en el debate que siguió a la presentación de este texto en el congreso, apreciar estéticamente a los animales en la naturaleza incluye aprender a esperar, a ser paciente, a vivir el tiempo de otro modo. Creo que también implica aprender a expresar gratitud. Los zoológicos fomentan la idea de que los animales son nuestra propiedad y deben estar siempre disponibles para nosotros. Salir a la naturaleza, buscarlos, seguir sus huellas, esperar... nos recuerda que los animales tienen cosas más importantes que hacer que estarse quietos para que los miremos. Y cuando finalmente logramos verlos, nos sentimos agradecidos por haber tenido esa oportunidad.

Alguien podría objetar que, quien no tiene medios para viajar a África, nunca podrá ver a un león. Pero todos estamos rodeados de la fauna de los ecosistemas en que vivimos, y si salimos a caminar por el campo, o incluso por la ciudad, encontraremos diversos animales sugerentes, elegantes o misteriosos a los que observar y apreciar. Los animales no son solo esas “especies estrella” que publicitan los zoológicos. Hay tantos animales distintos que ni siquiera sabemos con seguridad cuántas especies existen. Por otra parte, si queremos ver al león, encontraremos multitud de libros, fotografías y documentales que son al mismo tiempo una lección de ciencia y una oportunidad para el aprecio estético. Nuevas tecnologías permiten acercarnos cada vez más a los animales salvajes. Una estrategia interesante consiste en colocar pequeñas cámaras en el cuerpo de los animales para grabar su vida cotidiana. Siempre que no les cause ningún daño, es una manera de observar su día a día. Aunque no podemos ponernos completamente en su piel, intentamos acercarnos un poco a su punto de vista. Eso es algo que un zoológico no nos permitirá jamás, precisamente porque sitúa a los animales al otro lado de los barrotes de una jaula.

